

**DECLARACIÓN DE S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II DE ESPAÑA SOBRE  
LA VIDA, VIRTUDES Y MILAGROS DE LA SIERVA DE DIOS SOR MARIA  
DE LOS DOLORES Y PATROCINIO, ABADESA Y FUNDADORA**

Yo, la reina Isabel II de España, deseando vivamente ver canonizada en los altares a la virtuosísima y santa religiosa Sor María de los Dolores y Patrocinio, cuya admirable y milagrosa vida he tenido durante muchos años la dicha de poder apreciar y admirar, quiero hacer constar, por este escrito, mi admiración por tan santa religiosa y mi gratitud sin límites, por tanto, como la he debido, y he visto lo muchísimo que pueden con Dios sus ruegos y oraciones.

Conocía a tan santa y admirable religiosa, siendo aún muy niña que por primera vez fui con mi buena madre (q. e. e. g.) la reina doña María Cristina, y con mi hermana (q. e. e. g.) la infanta doña María Luisa Fernanda, que después fue duquesa de Montpensier, al convento de la Concepción Jerónima, donde estaban reunidas, con la otra comunidad, las Religiosas Concepcionistas Franciscas, pertenecientes al convento de Caballero de Gracia, a cuya comunidad pertenecía tan santa y admirable madre Sor María de los Dolores y Patrocinio.

Yo estaba deseosísima de conocerla, Porque había oído hablar mucho de tan admirable y santa religiosa, a una señora afecta que estaba a nuestro servicio, persona dignísima y buena, era hermana del conde de Cleonard; ella me había dicho los padecimientos, las persecuciones que había sufrido tan admirable religiosa, y las infinitas gracias que el Señor y la Virgen Santísima la habían hecho, y cómo tenía las llagas del Señor y la Corona de espinas y cómo ella por humildad no había querido revelar a su confesor la nueva gracia que la había hecho el Señor con la Corona de espinas; pero que al fin tuvo que revelarlo, porque cada vez que le iba a escribir le caía una gota de sangre en la carta.

Ese día, cuando fui al convento, como dejo dicho, vi venir a nuestra dicha santa y admirable religiosa del brazo de la marquesa de Santa Cruz, que era aya y camarera mayor mía, y ella me la presentó diciéndome que cuando tomó el hábito de religiosa, Sor María de los Dolores y Patrocinio, ella había sido su madrina en nombre de su madre la duquesa de Benavente; sentí un gozo grandísimo en hacer su conocimiento, y yo veía en ella algo de extraordinario y sobrenatural y celeste.

Con esta impresión en mi corazón, siempre yo he vivido y he invocado la ayuda de las oraciones de tan santa religiosa en todas mis aflicciones, en todos los asuntos graves de mi vida y también con toda la gratitud de mi alma en mis desgracias. Ahora

voy a seguir el curso de mis declaraciones para hacer constar cuanto yo sé y puedo acordarme de tan santa religiosa.

En mi niñez aún, y ya, después, en el principio de mi juventud, yo procuraba saber, con un afán inmenso, todo lo que se refería a la buenísima y santa religiosa Sor María de los Dolores y Patrocinio; y una vez que la hermana del conde de Cleonard, me trajo un *lignum Crucis* de parte de tan santa religiosa, mi alegría por todos estilos fue inmensa.

Antes de casarme, vi dos o tres veces a Sor María de los Dolores y Patrocinio, y, yendo siempre acompañada de mi madre y de mi hermana (q. e. e. g.), cuando ya se anunció mi casamiento con mi primo don Francisco de Asís (q. e. e. g.) y que se efectuó a los quince días de anunciado, dijo mi excelente marido que él quería que en el altar que se iba a poner en el salón de embajadores, para nuestro casamiento, quería que pusieran la imagen de Nuestra Señora del Olvido, del Triunfo y de las Misericordias; para que presidiera tan solemnísimos actos, la misma imagen que tantas veces había hablado a nuestra tan santa madre Sor María de los Dolores y Patrocinio, y que había estado al lado de la madre de mi marido, la infanta doña Luisa Carlota, cuando esta murió.

En esta época de mi casamiento tuve más ocasión de poderme enterar de las inmensas virtudes y santidad de nuestra tan admirable madre Sor María de los Dolores y Patrocinio; porque mi excelente esposo la conocía y admiraba también, y porque ella le había anunciado en la época en que tanto se discutía con quién yo debía casarme, que sería con él con quien yo me casaría, como así fue.

Después de mi casamiento fui varias veces al convento, donde estaba dicha tan santa religiosa y pude apreciar, cada vez más, su inmensa virtud, su admirable humildad, su religiosidad inmensa, viéndose en ella que vivía más en contacto con el cielo que en la tierra; su espíritu profético pude apreciarlo; puesto que los sucesos venían a justificar lo que ella tenía predicho: su abnegación no tenía límites, continuamente se manifestaba; es decir, que, a costa de los mayores sacrificios y de las penitencias las más grandes, todo lo ofrecía a Dios, por la salvación de las almas y redimir los pecados de otros. ¡Cuántas veces la he visto y he comprendido sus penitencias y sufrimientos que por mí y mi familia toda ofrecía!, por evitarnos discordias, librarnos de aflicciones y de pecados; ¡cuántas veces hemos visto que estando malos y muy graves algún hijo o hija nuestra, en el momento en que ella se ponía en oración eran curados de una manera sorprendente, que hasta los médicos que los asistían se quedaban pasmados!

Dicha santa madre, sor María de los Dolores y Patrocinio, jamás quiso mezclarse en política; y yo declaro que los que hayan querido decir o hayan dicho que

había intervenido en asuntos políticos son unos viles calumniadores; ella nunca se ocupó más que del bien y la paz de todos, incluso de la familia real y de la completa unión con todo, de mi marido y mía. Ella trató, por todos los medios posibles, que no tuvieran eco en nuestros corazones las intrigas que se ponían en juego para desunirnos.

Cómo mi amado y bendecido noble esposo, con su religiosidad, verdad y buen deseo, y cuántas veces me ha dicho cuanto de bueno y santo había oído y sabía de nuestra tan venerada, tan santa madre Sor María de los Dolores y Patrocinio, y de cuantas veces la habían visto sus religiosas y sus confesores en largos éxtasis, levantada del suelo a bastante altura, estando de rodillas y viéndola con el rostro resplandeciente, en que se veía las delicias con que Dios inundada su alma, varias veces: pero una en particular la vieron sus religiosas con una especie de capillita en la mano llena de resplandores, como podían atestiguar tanto mi marido como otras personas religiosas y buenas y las mismas Religiosas Concepcionistas Franciscas, de todos los conventos en que tan santa religiosa ha estado con ellas, y en los conventos en que ha fundado y sus confesores, cómo efectivamente el Señor la había puesto sus sagradas llagas y corona de espinas, y cómo tenía acerbos dolores y vertía abundante sangre en las grandes festividades de la Santa Iglesia, que se veía bien lo que ella se complacía en meditar su sacratísima pasión, quería darla todos sus infinitos sufrimientos.

He de advertir que esa santa admirable religiosa jamás hizo alarde ni mostró a ningún seglar ni hombre ni mujer, las sagradas llagas ni la corona de espinas que el Señor se había dignado ponerla, ni a mí misma con quien tuvo una tan religiosa confianza, jamás me habló de la gran merced que Dios le había hecho y siempre tenía sus manos cubiertas con mitones; pues las otras buenas religiosas ni sabían que el Señor la había impreso sus sagradas llagas y la corona de espinas; también sabía lo que el Señor permitió que sufriera por la remisión de los pecados de otros, y porque por anticipado sabíamos cuándo había de venir una calamidad sobre España o una aflicción para la Iglesia y también sobre las personas que ella quería amparar con sus oraciones y verdaderos milagros.

Me consta que la Virgen Santísima, en su sagrada imagen del Olvido, del Triunfo y de las Misericordias, habló varias veces a tan santa religiosa, y que le prometió que siempre velaría por ella en todos sus destierros tan inicuos y expatriación y en las demás circunstancias de su vida, y que la salvaría, como así sucedió, de todos los peligros, que fueron muchísimos y muy grandes, y le libraría de todo mal; dicha tan santa imagen de María Santísima del Olvido, del Triunfo y de las Misericordias, ha estado siempre y la ha llevado siempre con ella nuestra tan santa religiosa Sor María de los Dolores y Patrocinio.

Bien se ha necesitado toda la humildad y santidad de tan santa religiosa para dejar deshechas las infamias que habían querido decir contra ella, las cuales personas, los políticos revolucionarios intrigantes a quien ella no había querido oír y yo misma que tantísimo la he admirado y admiro y que sé al grado de santidad que ella había llegado, tengo que acusarme .de haber dado oídos a los que querían perseguirla, por no seguir ellos el camino del bien, y no ser ellos capaces de comprender tanta santidad y virtud.

Esto que digo fue al principio de mi juventud, pero yo jamás debí permitir que se la hiciera salir de Madrid con el pretexto de que era mejor que fuera a Roma y en este sentido me hicieron escribir a Su Santidad, pero muy a poco, después de esto, yo escribí al Santo Pontífice Pío IX, retractándome en todo de la anterior carta a Su Santidad. Pío IX, respetaba y admiraba y quería a tan santa religiosa Sor Patrocinio, como las almas santas que siempre se entienden; ya después de esta triste época, mí cariño, mi respeto y mi admiración sin límites a tan santa religiosa han ido en aumento y espero con la gracia de Dios y de la Virgen y las oraciones de mi respetada y querida madre Sor María de los Dolores y Patrocinio, que Dios y la Virgen me han de conceder la inmensa dicha de verla aún en este mundo canonizada en los altares y luego nos veamos en el cielo bendiciendo a Dios y a María Santísima y a San José por toda la eternidad.

En esa misma época de mi juventud, empecé a enterarme de la manera tan inicua con que fue perseguida tan santa y admirable religiosa, el año 37, donde los políticos sin fe y sin creencias pusieron en juego, sugeridos por el maldito demonio, cuantas invenciones y calumnias creyeron podían inventar; y se propusieron ver, sí .unos médicos podían curar las prodigiosas santas llagas que Dios la había impreso, lo cual no pudieron llegar a conseguir, viéndose a cada instante más y más la mano de Dios Todopoderoso que había querido imprimir en tan pura y santa criatura los signos de su pasión sacratísima.

Yo al oír y ver claramente cuanto de santo había en esa pura y angelical criatura Sor María de los Dolores y Patrocinio, y ver la indignidad con que algunos secuaces del demonio querían tratarla, abrí cada vez más los ojos a la verdad, y cada vez se ha estrechado más y más mi cariño y mi admiración por la respetadísima madre Sor María de los Dolores y Patrocinio.

Ruego como sé que así lo harán los postuladores y jueces de tan santa Causa de Beatificación, que lean y tengan en cuenta el manuscrito que dejó escrito la madre Pilar, en el que hace ver todos los milagros y prodigios que ha visto en el tiempo que ha vivido con nuestra tan santa madre Sor María de los Dolores y Patrocinio.

Sor María del Pilar relata, y otras muchas personas también, todas las tentaciones y todo lo que el maldito demonio maltrataba a nuestra tan amadísima, pura y santa religiosa Sor María de los Dolores y Patrocinio, y los horribles sufrimientos que la hacía pasar el maldito demonio; no cesaron hasta que la Virgen Santísima del Olvido, del Triunfo y de las Misericordias, en su milagrosa imagen, se le apareció y le habló una vez más, diciéndola que ya no sufriría más tentaciones ni malos tratamientos del maldito Satanás, a quien ella tendría aprisionado; y, efectiva mente, desde ese momento se vio libre de todas las asechanzas del demonio.

Esta admirable y ejemplar religiosa jamás apartaba de su mente ni de su corazón a Dios, y su oración era continua y yo puedo atestiguar como aquí lo hago, que aunque ella vivía en este mundo, estaba siempre abstraída y viviendo más en el cielo que en la tierra, y que aunque hablaba y contestaba a cuanto ella creía que debía hacerlo, se la veía que por prodigio grandísimo vivía con una doble vida para decir y hacer cuanto creía oportuno y su grandísima fe y todas las virtudes, que todas las poseía, le aconsejaban. Sé bien, y todas las religiosas de sus conventos podrán atestiguar, que esta santa religiosa pasaba horas y horas de rodillas y en cruz en memoria de la Sagrada Pasión de Nuestro Señor, de que era devotísima, en cuyo tiempo fue muy regalada de su divino esposo y enriquecida con infinitos dones y gracias.

Me consta de una manera indudable que en sus escritos piadosísimos, en sus novenas de la Santísima Virgen y en otros admirables libros, fue, según personas de toda confianza y crédito, inspirada por la Virgen Santísima y que, dictados por ella, escribió la mayor parte: algunos de esos preciosos libros fueron quemados en las terribles e injustas persecuciones que tan santa religiosa ha sufrido.

Dicha admirable religiosa Sor María de los Dolores y Patrocinio añadió a la caridad para con Dios, la caridad y amor para con el prójimo en grado heroico, ayudando con especial esmero, con prontitud y con todas sus fuerzas a los prójimos, tanto en sus necesidades espirituales como en las corporales, y siempre procuró con grandísimo fervor de la salud eterna de las almas, la conversión de los pecadores y de los infieles y con este fin ofrecía al Señor continuos ruegos, lágrimas, mortificaciones y penitencias.

Dicha tan santa religiosa, inflamada en el celo de la salvación de las almas, fundó con grandes trabajos, persecuciones e incomodidades algunos conventos de su sagrada Orden de Concepcionistas Franciscas, y, tanto el rey, mi marido, como yo, contribuimos con cuanto pudimos a que pudiera fundar los de los sitios reales de Aranjuez, La Granja, El Escorial, El Pardo, y mi buen y amado esposo el que estaba situado en la calle de Leganitos, y muchos años después, mi marido y yo, el que fundó

en Guadalajara, donde ha muerto con la muerte de los santos nuestra tan amadísima y santa religiosa Sor María de los Dolores y Patrocinio, yéndose a gozar de la presencia de Dios, de María Santísima, de San José, San Antonio y de todos los santos, y entrando a gozar por toda la eternidad, las delicias del cielo, desde donde pide por el triunfo del orbe, de la religión católica y querida España, y por todos los que tanto la hemos amado y venerado en este mundo; y yo puedo asegurar que siento y veo la protección que me da tan santa y venerada queridísima madre Sor María de los Dolores y Patrocinio.

Es menester que yo explique, como lo hago, con la dificultad que por haber pocos medios pecuniarios, pudimos ayudar a tan santa religiosa, para que hiciera las fundaciones en los sitios reales, cuyas fundaciones, es decir, con nuestra fe y devoción y voluntad, contribuimos a abrir una iglesia más donde se tributase culto a Dios y su Purísima Madre y a todos los santos. El gozo de nuestra santa religiosa Sor María de los Dolores y Patrocinio, al poder hacer una fundación más donde se tributase culto a Dios, era infinito; y también nuestra alegría de mi marido y mía de poder contribuir a ello era inmensa; la mayor parte de los conventos a que nosotros contribuimos para que tan santa y tan pura y tan admirable religiosa pudiese hacer sus fundaciones, eran por votos que nosotros hacíamos a Dios, a María Santísima del Olvido, del Triunfo y de las Misericordias y a los santos por la manera milagrosa como nos había sacado de peligros muy grandes o de revoluciones, y porque ofrecimos una fundación nueva a cada hijo que Dios y la Virgen se sirvieron concedernos, y también porque me concedían un feliz alumbramiento; y para que se vea la predicción, como se veía realizada en todo cuanto tan santa madre profetizaba, en mi primer alumbramiento, estando ella con sus religiosas pidiendo para que mi parto fuera dichoso, dijo: «Ay, Dios mío! hemos pedido que viva la madre y nos hemos olvidado de pedir para que viva el hijo»; y el hijo que llevaba en mis entrañas se murió al nacer.

Tanto mi amado y buen esposo como yo, señalamos a los conventos fundados por tan santa religiosa Sor María de los Dolores y Patrocinio, en los sitios reales, una dotación de nuestro patrimonio, para el culto y manutención de dichos conventos. El año 68 nos fue quitada la dotación real; y por más que hemos hecho cuanto hemos podido para que se volvieran a abrir dichos conventos, sólo hemos podido conseguirlo en los conventos de Aranjuez y de El Pardo, esperando siempre poder conseguir se vuelvan a abrir los de El Escorial y San Ildefonso (La Granja) y sólo hemos podido hacer, como hacemos algo por sostener el convento de Guadalajara, a donde nada les faltará mientras yo viva; y voy a continuar dando a las del Pardo la cantidad que el rey, mi marido (q. e. e. g) les daba, como así lo he ofrecido.

Antes de continuar este escrito voy a contar otra predicción de tan santa religiosa, realizada como todas las de ella, y es que cuando nosotros dispusimos que fuera Sor María de los Dolores y Patrocinio con sus monjas al convento de San Pascual de Aranjuez, deseando que dicho convento e iglesia se abriese de nuevo al culto, se le rogó a Sor María de los Dolores y Patrocinio fuera con sus monjas a fundar y ella dijo: «Esperemos tranquilas que si esta fundación es del agrado de San Pascual, él nos lo manifestará»; y así fue, porque empezaron a oírse ruidos y que San Pascual quería que su iglesia se abriese de nuevo al culto y que fuera dicha comunidad, con su santa abadesa y fundadora, y en cuanto fueron y se instalaron, bendiciendo siempre a Dios, todo quedó en calma, en paz y en una alegría grande.

Para seguir la historia de los conventos a los que tanto mi marido como yo contribuimos para que pudieran fundarse, diré que el convento de la calle de Leganitos, que el rey, mi marido (q. e. e. g) compró para la comunidad de Religiosas Concepcionistas Franciscas, para que hiciera la fundación tan santa y admirable religiosa, en una de las tantas horribles e injustas persecuciones que dicha santa religiosa sufrió, y viendo la saña que los Gobiernos de aquel tiempo tenían (sólo por las virtudes, recto juicio y deseo unánimemente del bien, que ponía en todos sus actos Sor María de los Dolores y Patrocinio) mi marido, afligido y aburrido con todo lo que veía, cedió al Estado ese convento de la calle de Leganitos, que aunque le había pertenecido, porque lo había comprado, ya era de la propiedad de la comunidad de Concepcionistas Franciscas, cuya abadesa y fundadora era Sor María de los Dolores y Patrocinio. Después de esa época el Estado vendió dicho convento.

En ese convento fue muchas veces visitada por la Santísima Virgen, y varias veces la habló su sacratísima imagen, María Santísima del Olvido, del Triunfo de las Misericordias, y le anunció cuán ella aún tenía que sufrir, y una porción de sucesos que todos se han visto realizados.

Es de advertir que la saña de algunos políticos contra tan santa, venerable, tan pura y tan admirable madre Sor María de los Dolores y Patrocinio, era porque jamás dicha santa madre quiso mezclarse en la política, y no hizo nunca más que acatar y respetar lo que el Santo Padre aprobaba y reconocía; así es que ella tampoco, nunca se mezcló en la cuestión de derechos al trono, y sólo cuando la preguntaban que qué la parecía, ella respondía siempre: «El Papa ya lo ha juzgado» y nunca decía más, y ella no deseaba más que la unión de toda nuestra familia.

En dichos conventos de su fundación abrió con gran caridad escuelas públicas, para atraer a las niñas al amor de la virtud; y por cierto, que, antes que los demás se enterasen de cuanto con su regla estaba, preguntándola a tan santa madre que si estaba

en la regla de las Religiosas Concepcionistas Franciscas el que tuvieran escuelas, ella dijo sencillamente: «Miren VV, las Constituciones»

¡Cuántas veces ella ha ofrecido, tanto por sus religiosas como por otras personas agonizantes, sus penas!: se ofrecía muchas veces a padecer inmensos trabajos, y Dios oyendo las oraciones de tan santa religiosa, la enviaba terribles enfermedades y tormentos, en medio de los cuales no cesaba la sierva de Dios de pedir al Señor y a la Virgen Santísima misericordia, hasta que se aliviaban los moribundos o volaban sus almas al cielo.

Tan santa y admirable madre Sor María de los Dolores y Patrocinio ejerció la caridad de un modo sorprendente, socorriendo siempre con larga mano las miserias ajenas, fuese con dinero, alimento, vestido u otras cosas necesarias; a tal punto que, a veces, no teniendo casi nada que darles, ella se privaba hasta del sustento más preciso, y jamás dejó de socorrer las necesidades de los pobres.

Cuando sus religiosas o personas que por estar cerca de ella, ella podía asistir, tan santa religiosa las curaba hasta de las enfermedades más asquerosas y repugnantes, y, una vez, hasta con sus labios limpió y curó un bulto, extrayendo de él las materias podridas y corruptas y tragándoselas; tan santa madre, llevada de su compasión profunda y sublime caridad para con los prójimos, experimentó en ocasiones graves dolores, enfermedades y angustias de muerte, que ofrecía a Dios para aplacar su justicia por alguna ofensa que se le hubiese inferido, o para evitar algún mal social.

Llena de caridad y compasión, manifestó y rogó, en ocasiones, a personas particulares que procurasen evitar algún mal que las amenazaba. En fin, su caridad y compasión se extendían de un modo que inspira e infunde devoción, a todos los animalitos y aún a las plantas; y voy a citar aquí un caso que presencié que me dejó admirada: fue en La Granja, o sea en el real sitio de San Ildefonso, en la huerta del convento de Concepcionistas Franciscas que tan santa madre había fundado por protección y con orden de mi marido y mía, este caso fue en un día de eclipse de sol: estábamos con la admirable religiosa Sor María de los Dolores y Patrocinio y varias de sus religiosas, y empezó el eclipse y me pareció que las plantas al pasar tan santa madre se inclinaban todas en señal de admiración y respeto; después cuando volvió a salir el sol dijo: «Bendíganos a Dios en todos sus actos», y se puso a mirar al sol sin pestañear, y como en éxtasis, como si estuviera viviendo el mundo, pero entendiéndose fuera de él; tanto, que mi marido, al ver esto tan admirable, quedó asombrado; yo ya lo había visto y mi admiración crecía al ver que ella podía resistir dándole los rayos del sol, al que no podemos nosotros mirar fijos por su grandísimo resplandor. Era tal su no interrumpida

contemplación en la Divina Esencia a la cual siempre estaba adorando, que llegó a un altísimo conocimiento de la misma Divina Esencia.

Nuestra tan amada y santa religiosa Sor María de los Dolores y Patrocinio tenía una caridad y devoción inmensa por las benditas almas del Purgatorio: procurando que no solamente sus religiosas, sino otras muchas personas procurasen el alivio y socorro de las mismas almas del Purgatorio con oraciones y penitencias; a veces una luz que se encendiese, o un fósforo, ella decía: «Ofrecerlo por las benditas almas del Purgatorio». Creo y me consta que por ese intenso ardor de caridad mereció ver colmadas de gracias y favores aquellas almas que le pedían sufragios para irse siempre a la celestial eterna gloria, libres ya de las penas del Purgatorio.

En qué manera es verdad que tan santa religiosa estuvo llena, desde su primera edad, de inmensa prudencia, eligiendo siempre los medios más oportunos y eficaces para conseguir el último fin sobrenatural, que es Dios, al cual anhelaba con todo su corazón. Ella practicó siempre todos los medios más adecuados y eficaces para adquirir la perfección angélica, empleándose siempre en buenas obras y en el ejercicio de todas las virtudes, principalmente de la caridad heroica para con Dios y con el prójimo.

Tan santa madre Sor María de los Dolores y Patrocinio experimentó hasta la hora de su muerte enfermedades, dolores y continuos padecimientos, no teniendo en todo otro fin que el de dar gloria a Dios y obtener la bienaventuranza celestial.

Ella manifestó una prudencia heroica en las fundaciones de algunos conventos y en la reforma de otros, guiada sólo del celo de la salud eterna de las almas; despreciando grandes incomodidades y grandes e inminentes peligros llevó a término feliz empresas tan gloriosas y santas.

Resplandeció, eminentemente, su prudencia en dar consejos, que eran muy santos y útiles, encaminándolos siempre a la mayor gloria de Dios y salvación de las almas; sus consejos parecían dictados por el Espíritu Santo; pues siempre que se seguían se veían sus felices resultados, y lo cierto es que, siguiendo los consejos de la sierva de Dios, se experimentaban bien pronto el alivio en las tribulaciones, luz en las perplejidades y feliz éxito en los asuntos difíciles.

Dolores y Patrocinio quiso siempre en grado heroico; siempre procuró que a cada uno se le diese lo que por derecho le pertenecía, y nunca jamás hizo, pensó y habló, sino lo que era o revestía una sublime virtud de justicia, y toda su vida fue un constante trabajo y un continuo padecer por el amor de Dios y por ampliar y extender en todas partes la gloria divina, y trabajó con perseverancia, hasta la hora de su santa muerte, por la justicia: componiendo enemistades, asistiendo enfermos, consolando a los afligidos,

socorriendo a los pobres con todo lo que pudo y realizando infinitas obras de piedad y de religión.

Su religión singularísima para con Dios resplandeció en su oración y contemplación de las cosas divinas en que se empleaba, incesantemente, de día y de noche, en tal grado, que nunca interrumpió su oración vocal o mental, aun cuando estuviese hablando con otras personas, o se ocupase en asuntos del convento.

Tan santa religiosa tenía también suma veneración a la Santísima Pasión de Nuestro Redentor, a la Sagrada Eucaristía y a todos los demás misterios de la vida, pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, los cuales meditaba con tiernísima devoción, amor y piedad. Nuestra santa venerable religiosa Sor María de los Dolores y Patrocinio veneraba con culto especial y afectuosísima devoción a la Santísima Beatísima y Purísima Virgen María, particularmente en una hermosa efigie, que se llama Nuestra Señora del Olvido, del Triunfo y de las Misericordias, cuya efigie, tantas veces habló con tan santa religiosa, imagen que ya es conocida y amada por infinidad de nosotros, yo una de ellos y mi buen y amado esposo le tenía especial devoción; imagen que hemos tenido siempre en palacio en todas las solemnidades y nacimientos de todos nuestros hijos y que asistió a nuestro casamiento, como ya tengo dicho, y tuvimos siempre en palacio en todos nuestros apuros, y a quien tanto hemos invocado en todos los momentos graves y solemnes de nuestra vida,

Veneraba también nuestra amadísima y respetada madre Sor María de los Dolores y Patrocinio a todos los ángeles y santos, cuyas fiestas celebraba con pompa y solemnidad y tanto en las misas solemnes como en las otras festividades era regalada por Dios y enriquecida por Dios, por la Virgen Santísima y por los Santos con singulares gracias y favores. A tan santa religiosa debí yo conocer todo lo que pueden con Dios nuestros Ángeles de la guarda a quien ella me recomendó que me encomendara y encargara para que me guardasen en asuntos difíciles, y por experiencia he visto cuán poderosa y eficaz es su protección. Tan santa y admirable religiosa, en las mismas festividades o solemnidades que celebraba y en otros tiempos, era recreada de Dios y enriquecida por la Virgen Santísima y por los santos de su especial devoción con singulares gracias y favores.

De la virtud de la justicia, que en tan alto grado poseía, nació en la sierva de Dios una exactísima obediencia, que prestó a sus superiores todo el tiempo de su vida; de tal modo, que siempre los reverenció y cumplió puntualmente sus mandatos, obedeciendo siempre a sus superiores con obediencia ciega y con prontitud y alegría. Ella ejecutó siempre los mandatos de la Rvda. Madre abadesa, aunque ésta se los hubiese impuesto solo mentalmente.

Tan santa religiosa, cuando desempeñó el cargo de abadesa, obedecía prontamente y alegre a sus súbditas e inferiores. Tan santa religiosa dependió siempre en todas sus acciones de la voluntad de sus prelados, en la cual sabía ella muy bien se manifestaba la voluntad de Dios, así es, que totalmente se gobernó por el arbitrio y dictamen de sus superiores, aun en aquellas cosas que le eran contrarias y repugnantes. Ella también obedeció siempre a los médicos cumpliendo perfectísimamente todas sus prescripciones.

Tan santa religiosa, Sor María de los Dolores y Patrocinio, en las fundaciones de conventos y en todas las demás empresas que llevó a cabo, para gloria de Dios y salvación de las almas, procedió siempre con la competente licencia de sus prelados. Tan santa religiosa, aun cuando se encontrase enferma, asistía siempre con toda puntualidad a los actos de comunidad, principalmente, si cabe, al coro a cantar el Oficio Divino, el cual quería y así se lo aconsejaba a sus religiosas, se rezase con pausa, devoción y alegría espiritual. Ella realizó éstos u otros actos innumerables de eminente obediencia con admirable facilidad, prontitud y júbilo, por donde se dejaba ver claramente que poseía la virtud de la obediencia en grado heroico.

La sierva de Dios estuvo adornada de una fortaleza heroica, aun en las cosas más arduas y más difíciles, y que mostró una paciencia invicta por todo el tiempo de su vida, y que siendo aún niña, despreciaba con magnanimidad de corazón las pompas y vanidades del mundo y así emprendió alegremente el camino de la perfección evangélica y de la vida austera, y, no obstante las crueles amenazas de su madre, que quería casarla, persistió constantemente y fuerte en el propósito que había hecho de abrazar la vida religiosa, la cual abrazó la sierva de Dios contra el gusto y voluntad de su madre y perseveró fielmente hasta su muerte en el estado religioso.

Tan santa religiosa toleró con invicta fortaleza los golpes y bofetadas y otros indignos tratamientos que el demonio ejecutó, permitiéndolo así el Señor para ejercicio de la paciencia de su fiel sierva en la persona de la misma sierva de Dios. Nuestra tan santa y amadísima madre resplandeció con una paciencia heroica en las gravísimas enfermedades y dolores internos que Dios la envió, con los cuales la sierva de Dios aplacaba la ira del Señor o evitaba alguna ofensa contra Su Majestad, o satisfacía a la divina justicia, y siempre toleró con invencible paciencia todas las adversidades, y nunca jamás, ni yo ni otras personas, jamás la oímos ni vimos quejarse, en todo el tiempo de su vida, de las injurias y contradicciones que sufrió, antes parecía que para esto estaba destituida de los sentidos.

Esta tan santa religiosa no solo sobrellevó con heroica tranquilidad de ánimo y verdadera alegría las contumelias, injurias, prisión, malos tratamientos y atentados

contra su vida, sino que también amaba afectuosísimamente a Dios y bendecía a todos los que la perseguían, volviendo siempre bien por mal y alcanzando del Señor con sus continuas y eficaces oraciones y con sus saludables consejos la conversión y eterna salud de muchos de sus perseguidores.

Mi tan amada y tan santa religiosa Sor María de los Dolores y Patrocinio, con heroica fortaleza fundó para gloria de Dios y bien espiritual de las almas algunos monasterios y reformó otros, sin que jamás pudiesen apartarla de tan santas obras ni los obstáculos, ni los peligros, ni las angustias que a este objeto experimentó mi tan amada madre y santa religiosa, que jamás conoció el miedo cuando de la causa de Dios se trataba.

Resplandeció su heroica paciencia en el sufrimiento de continuas y graves enfermedades que la atormentaban cruelmente, y fija siempre en Dios y resignada y conforme con su santísima voluntad, prorrumpía en dulcísimos coloquios con Dios nuestro Señor, con los cuales coloquios mostraba que tenía gran paz y quietud, y que deseando y alegrándose en el padecer por Cristo mucho más, le pedía nuevos dolores, nuevas enfermedades, nuevas penas, y cuando el Señor, atendiendo a la petición de su sierva, le enviaba horribles trabajos, llenábase su benditísimo corazón de agradecimiento y de una santa alegría.

Tan santa religiosa, hasta su última ancianidad, corrió siempre, incansable, por el camino de toda las virtudes; y desde su infancia, con ánimo fuerte e intrépido, practicó, constantemente, una vida mortificada, penitente y trabajosa, hasta que entregó su espíritu al Señor, y dicha santa religiosa, cuanto más agobiada se veía en sus enfermedades y gravísimos dolores, tanto más la colmaba Dios de favores singularísimos, con los cuales recibía alivio y goces celestiales, especialmente cuando meditaba la Pasión del Señor, en cuyas ocasiones derramaba abundante sangre de las llagas que el Señor la había impreso, iguales a las suyas, de pies, manos y costado y también de la corona de espinas.

En muchas otras ocasiones, ejecutadas con prontitud, facilidad y alegría, resplandeció su admirable fortaleza así en lo que obró como en lo que padeció.

Es una verdad grandísima que la sierva de Dios practicó en grado admirable y heroico la templanza, con la cual virtud poseyó un perfecto dominio de todas sus pasiones, sometiéndolas totalmente a la razón y al espíritu, de tal suerte, que ninguna pasión la perturbó ni la contristó.

En ella brilló la misma templanza heroica en su admirable abstinencia y sobriedad, que observó todo el tiempo de su vida, en la comida y bebida; hasta tal punto que, estando algunas veces totalmente desfallecida por la excesiva debilidad, habiéndola

rogado yo con insistencia, así como mi marido (q. e. e. g) que tomara algo cuando nosotros almorzábamos en el convento, y las monjas nos lo hacían, jamás quiso probar bocado ninguno, lo cual rechazaba con su admirable humildad y con la celestial sonrisa de su cariño para nosotros: hasta en las enfermedades guardó una rara abstinencia y sobriedad, no tomando nunca manjares delicados, y aun cuando la atormentaba la sequedad de la lengua, ocasionada por los ardores que padecía con motivo de los continuos trabajos de su cuerpo, de las calenturas, y sobre todo de la gran pérdida de sangre que manaba de sus santas llagas las veces que en éxtasis meditaba en la Pasión del Señor y Dios la hacía sentir las inmensas angustias y dolores que él había padecido por la salvación del género humano; sin embargo de su sed grandísima, ella se abstenía de beber, por amor de Dios. Tan santa religiosa, con la inaudita abstinencia que guardó constantemente, se atribuía a milagro el que pudiese vivir. Ella mostró su templanza heroica en el total retiro de las criaturas, con quienes conversaba sólo cuando a ello era obligado o por la necesidad o por la caridad.

En la guarda de la virtud del silencio fue exactísima, no sólo por los extraños, sino también hasta con las religiosas; y si por caridad o necesidad veíase en la precisión de hablar alguna vez, hacíalo con pocas y prudentes palabras. También en los gravísimos trabajos guardó con gran diligencia no hablar palabra ninguna ni quejarse, aun cuando sintiese acerbísimos dolores, y por amor a esta virtud excitaba con frecuencia a sus religiosas a la observancia del santo silencio.

Esta tan santa religiosa, para tener totalmente mortificados los sentidos, experimentó en su cuerpo grandísimos dolores y trabajo; y deseando afligir más su cuerpo, pedía constantemente a Dios nuestro Señor la enviase mayores trabajos y dolores más rigurosos y fuertes; cuántas veces yo la he visto con una humildad y santidad sincera ofrecer a Dios y a la Santísima Virgen sus sufrimientos y pedirles que se los enviaran aún más acerbos por las necesidades mías y de mi familia, por nuestra salud y por redimir nuestros pecados y que fuéramos socorridos en lo que necesitábamos, siendo enseguida satisfechos nuestros deseos, siendo consolados y dándonos la salud y tranquilidad que necesitábamos.

Por los acerbísimos dolores y muchísimos trabajos de todo género que experimentó tan santa religiosa durante todo el tiempo de su vida, es imposible que pudiera vivir sin especial milagro de Dios.

En mi amada y santa madre Sor María de los Dolores y Patrocinio, resplandeció heroicamente la virtud de la castidad y que desde su adolescencia por amor del mismo Señor, despreció con magnánimo corazón el casamiento que su madre la había procurado, e ingresó en la religión, donde siempre fue ejemplar de castidad y

pureza en obras, palabras y pensamientos, teniendo siempre especial y sumo cuidado en la guarda de la virginidad, y jamás se permitió se dijese una palabra menos decente delante de ella.

Evitó siempre, con toda cautela y extremada diligencia, todo lo que pudiese manchar su purísima alma, con la más mínima impuridad, por lo que mereció que la Santísima Virgen María la amase con especial predilección, la favoreciese de un modo singularísimo y la acompañan siempre, como yo sé y tanto creo. Con tanta circunspección guardó su pureza, que no sólo no admitió las conversaciones de los extraños, pero ni aún las de las religiosas, si no era con urgente necesidad, y entonces componiendo modestísimamente su rostro, explicábase con breves palabras.

Resplandeció en ella, de tal modo, la modestia, que todos, profundamente la tenían y consideraban como un modelo acabadísimo de honestidad, pureza y castidad. Por especial y singular gracia de su divino esposo y de su Santísima Madre, mereció salir triunfante y vencedora en todas las tentaciones contra la castidad, en tal grado, que guardó su virginidad intacta hasta la hora de la muerte.

Fue verdad, y lo es, que la sierva de Dios, desde sus primeros años, amó en gran manera la santa pobreza; por amor a la cual virtud abandonó las comodidades de la casa de sus padres y abrazó la evangélica pobreza; debajo de la Regla de la Purísima Concepción, eligiendo antes ser pobre y despreciada en la casa de Dios, que rica de bienes temporales, habitando en los tabernáculos de los pecadores; no sólo ella no admitió lo superfluo, ni quiso tenerlo para su uso, aunque en cosa mínima; pero ni admitió ni quiso tener en propiedad lo necesario, ni cosas que pudieran oler, remotamente, a propiedad, y por esto despreció todas las cosas de la tierra; encomendaba y exhortaba a las religiosas que se apartasen de toda propiedad; y nunca les permitió tener en sus reducidos aposentos arcas, baúles, aparadores y escritorios, ni otras cosas semejantes.

Esta tan santa madre, por amor de la santa pobreza, tenía una miserable cama y en ella, sobre un jergoncillo, tomaba un poco de descanso; y si en los últimos años de su vida usó colchón, con grandísima mortificación de la sierva de Dios, fue porque el eminentísimo señor cardenal y el señor facultativo viéndola tan enferma y con tantos dolores, se lo mandaron formalmente.

Tan santa madre mirando a la santa pobreza, nunca se permitió tomar cosa alguna para su alivio; antes, cuando se abrasaba con la fiebre, jamás quiso apagar la sed que la devoraba. No sólo por la carencia de todas las cosas y por los trabajos y angustias que padecía, sino también por una verdadera pobreza de espíritu, era reputada por todos como un verdadero admirable modelo y ejemplar de la evangélica pobreza.

Tan santa religiosa poseyó en grado heroico la virtud de la humildad, y la practicó siempre, tanto en palabras como en obras, sintiéndose siempre humildísima y reputándose por la mayor pecadora del mundo y por la más vil y miserable criatura, cuando era un modelo admirable y santo en todo.

Mi tan santa y queridísima madre Sor María de los Dolores y Patrocinio, aun cuando fundó algunos conventos y reformó otros, nunca buscó las primeras estimaciones, antes rechazó los honores todos, deseando siempre ocuparse en los oficios más viles y trabajosos y sometiéndose a toda humana criatura por amor de Dios, y, aunque por espacio de cuarenta y dos años desempeñó el cargo de abadesa, que aceptó siempre obligada por la santa obediencia, con repugnancia y lágrimas, así y todo tenía por la más vil de todas, cuando era tan santa y admirable, y se ejercitaba en los oficios más bajos.

Además, dejándose llevar del dictamen de su humildad, al mismo tiempo que gobernaba y regía a sus religiosas, las pedía consejo para proceder en todo con rectitud. Habiéndola imputado sus enemigos y perseguidores crímenes falsos, de toda falsedad, soportó con invencible paciencia y alegría dichas infames ocupaciones, y, por grande estudio de la humildad, deseaba verse oprimida de vilipendios, infamias y calumnias; y cuando llegaban estos casos, llenaban su alma de un gozo tan grande y extraordinario, que se veía en su rostro.

Ella se afligía y temblaba de pies a cabeza todas las veces que la honraban y siempre que oía alabar sus acciones heroicas, o se descubrían algunos de los dones con que Dios la enriquecía; y, por su grande y profundísima humildad, se deshacía en su propia nada y se creía indigna de pisar la tierra. Ella, por el profundo conocimiento de su nada, deseaba siempre el más ínfimo y despreciable lugar; y, en sus enfermedades, protestaba con la boca y el corazón ser indigna de que la asistiesen las religiosas.

Fue tanta su humildad para con Dios y para con las criaturas, que todas las religiosas, profundamente admiradas, daban humildes gracias a Dios por haber adornado a su sierva de tan rara y excelente humildad.

Fue y es verdad que la sierva de Dios fue enriquecida por la divina bondad con muchísimos dones sobrenaturales y que fue condecorada con espíritu de profecía, anunciando las cosas futuras con toda claridad, como a mí me consta; pues me anunció por anticipado muchos sucesos que fueron realizados, y, entre otros, nos anunció que tendríamos que dejar el trono; y porque le dijimos que una imagen de la Purísima Concepción que yo tenía en mi cuarto y yo la había puesto una corona entre las manos, la corona se había caído, pero se quedó enganchada en el vestido de la Virgen, tan santa Madre Sor María de los Dolores y Patrocinio, dijo: «puede que Dios tenga misericordia

y que el Niño Jesús dé la corona al hijo, puesto que para los padres se va a perder»; y el tiempo ha justificado esta profecía más de tan santa madre.

Fue adornada con el don de conocer los secretos del corazón y de penetrar las cosas más ocultas y distantes, diciéndolas con toda claridad y certidumbre como si las tuviera delante de la vista, y yo puedo atestiguar esto, puesto que en mi corazón y en el de mi marido leía como un libro.

También Dios y la Virgen Santísima la dieron éxtasis y raptos con elevación del cuerpo de la tierra, principalmente cuando estaba en la oración y contemplación de las cosas divinas y después de recibir la sagrada Eucaristía.

Tan santa religiosa mereció que la hablase el Santísimo Cristo de La Palabra, y se le apareciese y hablase Nuestra Señora del Olvido, Triunfo y Misericordias. También tuvo por la bondad de Dios muchas visiones y apariciones de Nuestro Señor Jesucristo, de su Santísima Madre la Virgen María de los Ángeles y de los Santos.

Tan santa religiosa, transformada en Cristo crucificado, con el mismo ardor de su caridad, se le imprimieron las llagas del costado, manos y pies, y las de la corona de espinas. Esas sagradas llagas por espacio de algunos años estuvieron casi siempre abiertas dejando salir abundantísima sangre, y por regla general verificábase esto estando la sierva de Dios hincada de rodillas en cruz, maravillosamente extasiada.

Las sagradas llagas, ya estuvieran abiertas o ya cerradas, eran siempre verdaderas, patentes y manifiestas y tanto que, en una tristísima época, en que, por su misma santidad, empezaron las persecuciones contra tan santa religiosa, los médicos, pagados y buscados por los revolucionarios, tuvieron que declarar que las llagas de tan santa religiosa Sor Patrocinio eran sobrenaturales y que ellos no encontraban ciencia bastante para curárselas. Tan santa religiosa tuvo siempre las llagas en su cuerpo, hasta su muerte, experimentando los acerbísimos dolores de su pasión.

El Señor se dignó manifestar y comprobar, con muchos milagros, la santidad de la sierva de Dios aún viviendo en esta mortal vida. Por sus virtudes heroicas, dones sobrenaturales y milagros de que fue colmada la sierva de Dios, vivió en grandísima estimación de santidad para con toda clase de personas graves, decentes, prudentes, eclesiásticas, religiosas, nobles, magnates y también de las clases humildes, de tal manera que era tenida por todos por santa.

Esta misma fama de santidad no estuvo sólo reducido a un solo lugar, sino que se propagó en todas partes, especialmente en aquellos conventos de religiosas donde, con motivo de haber sido desterrada cuatro veces y expatriada en una ocasión, moró por espacio de algún tiempo la santa sierva de Dios y sin que jamás hayan dicho las personas prudentes y timoratas cosa alguna contra la mencionada fama de la santidad y

virtudes de la sierva de Dios, ni tampoco se ha oído que esta fama de santidad haya sufrido mengua ni menoscabo en ningún tiempo, antes ha sido constante y se aumenta más y más cada día.

Tan santa religiosa, exhausta de fuerzas con los grandísimos trabajos de todo género que tuvo que padecer por la gloria de Dios y salvación de las almas; y consumida por innumerables penas y amarguras, cayó en una extrema debilidad y apenas si podía tenerse en pie, a la cual debilidad se añadió una hidropesía general de corazón e hígado, con que empezó a ser atormentada más de ocho meses antes de su muerte.

Tan santa religiosa, Sor María de los Dolores y Patrocinio, recibió con júbilo singularísimo la noticia de su muerte, la cual noticia, por indicaciones suyas, se echaba de ver; la sabía por divina revelación y, transformada en la voluntad de Dios, no sólo soportó con invicta paciencia los terribles dolores de su molestísima enfermedad, sino que lo sufrió también con indecible gozo y nunca profirió palabra alguna que pudiese indicar molestia o tristeza, por lo que todos los circunstantes estaban admirados de tanta fortaleza.

La sierva de Dios, sin embargo de encontrarse gravísimamente enferma y por todo extremo atormentada, en su anhelo de conformarse más y más con su Criador en la Cruz, hasta tres días antes de su muerte, no dejó de intervenir, para mayor gloria de Dios y también de las almas, en todos los asuntos que se ofrecieron relativos a su querida comunidad de Guadalajara y a las almas que estaban sujetas a la jurisdicción de la sierva de Dios.

Tan santa religiosa, sintiendo estar ya próxima a la muerte, hizo la Confesión sacramental y después, sentada por no poder estar de rodillas ni en pie, recibió humildemente el Sagrado Viático, con grande compostura de su cuerpo y elevación de su mente, de tal modo que movió la admiración a los que estaban presentes.

Tan santa religiosa recibió con pleno conocimiento, absorta toda en Dios y teniendo piadosos coloquios con Nuestra Señora del Olvido, Triunfo y Misericordias y con los santos, la Sagrada Comunión y abstraída de todo lo terreno y toda en el cielo, esperaba morir y estar con Cristo, y recreada por Dios y absorta en el abismo de la caridad divina, murió alegremente en la ciudad de Guadalajara, archidiócesis de Toledo, el día veintisiete de enero de mil ochocientos noventa y uno.

La fama de santidad de la sierva de Dios, antes y después de su muerte, es universal. Después de su muerte se verificó un prodigio, este fue, que el cadáver, transcurridas bastantes horas, estaba aún más fresco y flexible

. Cuando fue divulgada la noticia de su muerte, recibieron en el convento de Guadalajara, en el breve tiempo de dos meses, más de cien cartas procedentes de España y del extranjero, en las que todos la llaman santa y todos también imploran su auxilio, y la invocan con grandísimo afecto de piedad, y yo seguramente que continuamente la invoco y veo su poderoso patrocinio para con Dios, pues siempre veo atendidos mis ruegos. La universal fama de su santidad en que empezó a florecer cuando vivía, ha crecido más después de su muerte y se aumenta cada día, difundiéndose en toda España y aún en el extranjero entre varones graves, prudentes, eclesiásticos y religiosos, nobles, magnates y gentes honradas del pueblo.

Ahora mismo son muy grandes y vigorosas la devoción y reverencia a la santa sierva de Dios y en todas partes se conceptúan dichosos los que obtienen alguna reliquia suya, reliquia que guardan con suma devoción y respeto, como me sucede a mí, que me conceptúo muy dichosa en poseer algunas; y que todos acuden y la piden, como también me sucede a mí, su favor y remedio en sus necesidades.

Esta misma fama de santidad y devoción sigue creciendo cada día por los continuos milagros que Dios ha realizado mediante la poderosa intercesión de la sierva de Dios Sor María de los Dolores y Patrocinio, con los que la invocan con fe y devoción e imploran confiadamente su auxilio.

¡Tal fue esta mujer por tantos títulos admirable! Por el ejercicio de todas las virtudes subió a un elevado grado de unión con Dios, que la hacía mirar con desdén las cosas de la tierra y no dar importancia ninguna a cuanto pudiera venir de manos de la criatura. Así que ni lo próspero la levantaba, ni lo adverso la causaba la menor impresión; tomábalo todo como venido de las manos de Dios, que por caminos al parecer torcidos hace cosas muy derechas; y ya los honores que pudieran venirle por parte de los hombres, y las persecuciones terribles que movieron contra ella gentes sin temor de Dios y sin fe, eran incapaces de perturbar la tranquilidad de su alma. Jamás tuvo para sus enemigos sino palabras de amor y de perdón.

Los revolucionarios de los dos últimos tercios del siglo XIX, la distinguieron con su odio. Contra ella inventaron cuanto se puede pensar contra una señora, llegando ¡Dios los perdone! hasta acusarla de complicidad en el horrendo atentado de regicidio que contra mi propia persona real, cometió un infeliz sacerdote. Pero ni esta calumnia inaudita, ni las demás que fraguaron contra ellas las logias masónicas, alteraban su paz interior.

He sido testigo de esto y puedo jurarlo con la mano puesta sobre mi corazón y sobre la imagen de Dios que me ha de juzgar. Contra ella se ha dicho todo lo malo que decirse puede; pero todo fue urdido por los emisarios del maldito Satanás, que, así como

a los primitivos cristianos echaban los gentiles la culpa de cuantas desgracias ocurrían, así también los masones, si se encendía en España una guerra civil, si caía un ministerio, si se atentaba contra mi real persona, si se daba algún puesto a algún personaje, enseguida gritaban por medio de la prensa impía: «Son cosas de la monja Sor Patrocinio»; y yo protesto delante de Dios y de los hombres que ella jamás tuvo parte en tales cosas, ni se mezcló nunca en cosas de gobierno ni de política. Y doy muchas gracias a Dios porque me ha conservado la vida hasta este momento en que puedo desmentir de una manera solemne todas las calumnias e imposturas que contra tan santa religiosa propalaron los enemigos de Dios y de la patria española.

Aunque mi amada y venerada madre Sor Patrocinio no tuviera a su favor nada más que la clase de hombres que la persiguieron, desterraron y calumniaron, tendría bastante para que cualquier persona sensata se formara un subido concepto de su virtud. La persiguieron los malos, los impíos, los enemigos de la Iglesia, prueba inequívoca de que ella no era de su bando, sino buena, piadosa y santa.

Siento un indecible consuelo en dar esta declaración en los últimos años de mi vida, en favor de la inocencia y de la justicia perseguida.

Ya moriré contenta, y Dios en cuya presencia hago esta declaración, la reciba en descuento de mis pecados y culpas y aumento de gloria que creo firmemente goza ya mi tan amada madre Sor María de los Dolores y Patrocinio.

ISABEL II DE ESPAÑA

18 de enero de 1904